

la tortuga ecuestre

Director: Gustavo Armijos

-

García Naranjo 673 - Lima 13 - Perú

Año XXVII

Lima, Enero del 2000

N° 177

Danilo Sánchez Lihón

CANTIGA DE DOS SIERVOS DEL BOSQUE

1

Quiero

vivir contigo en las niveas montañas.

Recoger

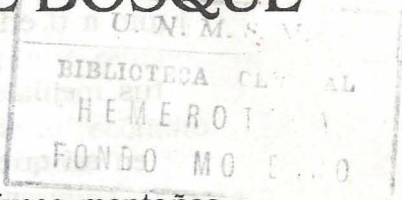
flores del ventisquero y con el zumo
de ellas

untar todo tu cuerpo. Acariciarte
muy profundo

y consolarte. Traerte agua recién
brotada

desde una profunda cañada y dártela
de beber

lentamente. Quiero que nieve y yo
abrigarte.



Estar despierto
y yo mirarte mientras duermes.
Amanecer
tras la neblina entre montes
y collados.

Recoger leña y encender muy
temprano
el fuego mientras tú cantas.
Y que al atardecer
tú busques refugiarte entre
mis brazos
para no tener miedo, porque
en el horizonte
se desencadena la lluvia
con relámpagos,
granizadas y truenos.

Quiero
que todo se haga de nuevo.
Nacer
junto a ti en una misma cabaña;
¡enjugar
tus mejillas si algo te apena!,
confiando
en mí que soy fuerte, sagaz
y valiente.

Que la lluvia y que la tarde,
y que las flores
embelesadas del huerto, sean
nuestras.

¡Y que no haya tiempo
sino
sólo eternidad entre tú
y yo!

¡Amor,
desde hace tiempo habitas en mí!

Silenciosa
en el fondo de mis heridos pensamientos;
idéntica
a tal y cómo eres y anhelé que fueses;
la niña
que imaginé y busqué a tientas,
¡viniendo
y yendo de lo efímero a la esencia!,
a quien llamé
a gritos y tan hondamente reclamando que
nacieras,
tal cual eres: cierta, indudable ¡y también
ausencia!

Pero,
¡qué raro que estés a la vez afuera
de mí;
de lo que es mi íntimo refugio;
independiente
de mi fantasía y de lo recóndito
de mis secretos,
donde yo te tenía escondida. ¡Y eras
para los demás
inhallable. ¡Y sólo mía!

¡Qué raro
que camines desprevenida por calles
y alamedas!
y que alguien además de mí también
te conozca
y, quizás, como yo, es posible
¡que te quiera!

Ven conmigo ahora. Caminemos
hasta encontrar
aquella cabaña que es nuestra
donde vivir
lo sagrado. ¡allí donde es calmo
el relámpago
y pastorea encantado el arco iris
y el viento!
y donde tengo para ti una atalaya,
muy cerca
a lo insondable de una fuente,
en el confin
de lo inhiesto, donde bañan sus rayos
iniciales
la noche, la tarde alucinada y la tenue
alborada.

3

¡Escucha!

Ya cesó de llover en la abrupta
cordillera,
pero aún estremecen la tierra
los raudales
de agua que caen precipitados
por las peñas.

A ratos aún retumban los rayos
y truenos
lejanos, pero en el huerto
ya saltan
saliendo de sus nidos, gorriones,
colibríes
y chisteros, que pían. ¡Y abren,
para ti,
los gladiolos todas sus corolas!

Yo miro
el anillo en tu mano y los aretes
en tu cuello,
como atajos para llegar a los esteros
y ojos
de agua esparcidos en la falda
de los cerros;
mientras en tu frente se retratan
las nubes
que bogan allá arriba, y hacia
el fondo
se diluye la cañada ¡donde tengo
para ti
una estancia, un reino, una encantada
heredad!

Volteo entonces otra vez a ver
si eres verdad,
y el manantial de tus ojos cuando
me miras
es el mismo que refulge entre los árboles
inmemoriales,
al fondo de toda sabiduría, ¡en lo intrincado
de toda
ciencia infusa y de todo acto de filosofar!

Y otra,
y otra vez, te busco en la neblina
y en la huella
de la lluvia que sube por los recodos
del sendero
y en la ruta de mi infancia donde el caballo
de crines levantadas
que alzaba el viento, me traía a estar contigo
cuando era niño
muy de mañana desde lugares distantes,
para meditar
en este lugar y sumergirme en tu fuente
cristalina:
¡en la montaña, tu vientre y tus pupilas!

¡Amor!

Me gusta el fondo de tu alma
misteriosa
y pensativa. Se oye en ella el ser
profundo
de las cosas, ínfimas e inmensas,
que hacen juntas
el alma total del universo!

Pero ven,
y recuéstate aquí. No es necesario
que te empines
hasta la ventana, ni busques con los ojos
a las palomas
que revuelan y cantan en la enramada.
Tampoco
salir ni perseguirlas encontrando
entre las yerbas
silvestres sus huevos extasiados.
¡Ven!,
basta escuchar sus gorjeos y saber
que se aman
y buscan como nosotros hacerse
un nido
en la noche ensimismada.

Ven,
ábreme para siempre tu alma
y alójame
en ella, ¡y revélense para mí todos
los arcanos!
Me quedaré entonces mudo y asombrado,
igual
si se mostrase recién inaugurado
el prodigio
de la creación: un botón de alhelí

que estalla
un nuevo día que comienza
y otro que
termina, ¡el siervo que tambalea
herido
por el hecho de nacer!

Ahora,
escucha cómo cantan las torcazas
enternecidas,
¡que nos dicen que todo estaba escrito
y augurado!
Cierro los ojos y en el mediosueño
dos niños,
-como tú y como yo- ¡corren cogidos
de la mano
por un campo de nardos y azucenas!

5

La tortolita
gorjeaba en el tejado justamente
en el instante
en que has despertado y tus ojos, amor,
son los manantiales
donde ella bebe su dulce canto.

Así sé
que eres exacta a mis sentimientos,
que eres a quien
siempre anhelé y a quien escucho
cada vez más
cuando estoy callado. Eres lo que construyo
y ansío,
tal y cual quisiera que sea el mundo
y sea la vida.



Y así dejemos de vernos
para siempre,
así sobrevenga el olvido ¡y todo
termine!,
estarás de todos modos conmigo;
ya esté detenido
por los cuchillos del crepúsculo
en un puerto,
o ya esté caminando cabizbajo de ti
en la orilla.

Así
yazga sumergido en el fondo
del océano,
o vuela indetenible por el azul
del cielo
estaré absorto en este instante;
pensando
en ti, encadenado absolutamente
a tu aroma.

En tanto, verte ahora es mirar
lo nuevo
pero también antiquísimo,
porque
contigo se inicia y termina, amor,
el universo.

Danilo Sánchez Lihón nació en Santiago de Chuco, en la sierra del Perú. Se Licenció en Literaturas Hispánicas en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y siguió estudios de especialización en Madrid. Integró en la década del 60 el grupo "**Pielago**", conjuntamente con Juan Ojeda, Ricardo Ráez, Andrés Cloud, Rosina Valcárcel e Hildebrando Pérez, entre otros. Ha publicado en poesía: "**Las actas**", Ed. Pielago (1969); "**Scorpius**", Ed. Arte Reda (1971); "**Canto de Acllas**", Ed. Gárgola (1972); "**Crio una mosca**", Ed. Gárgola (1981); "**Ciudad irreal**", Ed. Universidad Nacional Agraria La Molina (1992); "**De tripas corazón**", Ed. Instituto del Libro y la Lectura, INLEC (1998). Es autor de la antología "**Santiago, tierra de poetas**", Ed. INLEC (1999). Figura en las principales antologías de poesía peruana. Fundó y conduce la Colección de Poesía "**Gárgola**". Dirige el **Instituto del Libro y la Lectura** del Perú.

Joh / Lima
7/2000

la tortuga ecuestre

Director : Gustavo Armijos - García Naranjo 673 Lima 13 - Perú

Año XXVII

Lima, Enero del 2000

Nº 177

A

Edición Extraordinaria ✓

A los poetas que vendrán

UNMSM-CEDOC

A LOS POETAS QUE VENDRAN

Los que suscribimos el presente documento declaramos el legítimo derecho que nos corresponde de poder expresar nuestra disconformidad contra un pasado literario arbitrariamente centralista, elitista y elusivo. Creemos firmemente que cualquier enfoque nuevo que se haga sobre la poesía peruana debe sostenerse en el cambio radical de mentalidad y en una actitud reflexiva totalmente opuesta al acostumbrado discurso, parcializado y excluyente, que siempre se nos ha repetido. Y esto equivale asumir un comportamiento liberado de dilectantismos y de predisposiciones egoístas. No debemos nada a nadie. Sólo estamos con aquellos afirmativos y con los poetas jóvenes que tratan de construir un futuro a partir de una vocación de acción en el presente, aún cuando la defensa de los ideales signifique un costo humano y material demasiado alto. Sólo así habrá de nacer la nueva poesía, con hombres nuevos y actitudes distintas.

En la actualidad, la atención que gozan ciertos autores bastante publicitados frente a una mayoritaria porción de escritores marginados o insulares, obedece al modelo impositivo de una literatura monopólica de grandes intereses particulares. Es sorprendente y paradójico, a la vez, observar que estos intransigentes sistemas monopólicos dentro de la cultura peruana se dan justamente en un país de molde neoliberal y de una acentuada economía de libre mercado. Si bien los grandes avances tecnológicos producidos por esta época globalizadora y postmoderna han logrado que las distancias y las barreras comunicativas se hayan reducido de un modo sorprendente, todavía en la escena cultural se confrontan otras limitaciones, como la elitización y el aprovechamiento personal de los órganos dedicados a difundir la labor creativa. En este sentido, el réclame, la difusión estrictamente dirigida a un sector privilegiado y el comentario ampuloso y amañado han podido prevalecer sobre la verdadera calidad artística, e incluso, se han comportado como censores muy efectivos. Diarios de gran tiraje y acogida nacional, entre ellos «El Co-

mercio» y «La República» o revistas influyentes como «Hueso Húmero», conceden espacios a escritores que apoltronados en sus páginas son tan dañinos y feraces que a ellos se les podría adjudicar gran parte del descalabro moral y espiritual de la literatura en el Perú. Las columnas culturales y las reseñas críticas de Fernando Ampuero, Mirko Lauer, Ricardo González Vigil, Rocío Silva-Santisteban, Pedro Escribano, Javier Agreda, sólo sirvieron para justificar la presencia ambivalente de una literatura de poder. Ellos jamás intentaron ejecutar, de manera orgánica y colectiva, un vasto proyecto cultural y descentralizador, que pudiera haber tenido alcances nacionales de insospechadas y fértiles consecuencias. Tuvieron la oportunidad y los suficientes medios para concretizarlo, pero prefirieron enmarañarse en la ofuscante soberbia, en el autoelogio y en la práctica abusiva del silenciamiento sistemático y la omisión usados como armas contundentes y deplorables.

Asimismo, sobre estos conceptos de poder o de grados de poder visualizamos otra lectura inmediata: la concerniente a las llamadas generaciones literarias, como son las razones biológicas de supervivencia que por degradación y vejez natural asisten a estos grupos. Así tenemos, entre ellos, la formación de cuadros poéticos perfectamente establecidos dentro de cada una de estas etapas. Hay una marcada tendencia a polarizar y a concentrar la jerarquía y la calidad poética de un momento generacional en sólo tres o cuatro vates, dando así la falsa impresión que fueran éstos los únicos voceros para continuar el legado de una tradición literaria. Debido a ello -y gracias a la complicidad de una crítica sesgada- son muchos los talentos que han sido y vienen siendo injustamente postergados. Algunos como Gamaliel Churata y Juan Ojeda que llegaron hasta el sacrificio, nunca fueron comprendidos en sus tiempos. Sin embargo, debemos también tomar en cuenta que los póstumos laureles y los sentidos homenajes son tan subjetivos y llaman al equívoco pues, muchas veces, pretenden exaltar hasta el paroxismo poetas que en realidad no son tan relevantes, tipo Luis Hernández y, últimamente, Carlos Oliva.

En efecto, la presencia “estelarizante” de los núcleos de poder ha devenido en la demarcación interesada de un status quo literario como mecanismo de autodefensa frente a la razonable arremetida de las nuevas generaciones que reclaman el derecho de actuar y moverse en un escenario propio. Todos los medios son válidos para mantenerse en la cresta de la ola literaria. Por eso, ya no es raro ver a Hora Zero, cada cierto tiempo, apareciendo con un maquillaje nuevo y reclutando jóvenes adherentes a su movimiento como una forma astuta de renovarse a través de la juventud. Pero otra vez debajo del maquillaje la mueca de la calavera. Los desplantes y los constantes reiteros horazerianos nada más son la crónica trasnochada de la conveniencia y el interés tribal. No queremos ni debemos ser cómplices de los horrores y las contradicciones de un pasado ya caricaturizable. ¿Acaso hemos olvidado las teorías cerradas y las ardorosas polémicas sostenidas entre los líderes del arte abstracto o no figurativo en franca oposición con los del llamado indigenismo pictórico y literario?, ¿y aquella falsa dicotomía entre la poesía pura y la poesía instrumental que muchos de nuestros críticos y «laurados» poetas usufructaron en una época llena de gruesos conflictos y úlceras generacionales que se tradujo en ese absurdo y estéril encasillamiento poético?, ¿todavía cómo entender a esos escritores que, en décadas anteriores, predicaban la revolución y, sin embargo, hoy traicionan sus primeros ideales y callan por conveniencia? Y peor aún, muchos en la actualidad transan su libertad de artistas a cambio de favores que les otorga el gobierno de turno, caso patético son los de Enrique Sánchez Hernani (ex-director del diario «El Peruano») y Carlos Orellana (secretario de prensa del dictador Fujimori). ¿Acaso nada más lamentable ver a Emilio Adolfo Westphalen, acompañado de su lugarteniente Sologuren, entrar a un Congreso maniatado por la mayoría oficialista y fujimorista? (él que junto a un auténtico poeta como César Moro defendieron las causas libertarias y se opusieron a todos los totalitarismos del mundo). Y por último ¿no siguen abundando esas antologías de café o grandes festines literarios para el gusto de una sofisticada clase de gente?

En el Perú, las diversas compilaciones poéticas que se han publicado asistieron a su propia ausencia y a su propia negación pues sólo sirvieron para satisfacer y justificar la decadencia moral y espiritual de esa literatura de poder, y cuya innegable presencia en nuestro medio no ha permitido el florecimiento de una literatura integral. Ricardo González Vigil (poeta de tono menor) ha encontrado en su labor como crítico y antologador la brillante receta para elevarse por encima de una despistada grey literaria que siempre le hizo la corte, pudiendo él pontificar o desaparecer a quienes no sean de su agrado. Estos últimos forman parte de lo que llamamos «los desclasados, según Vigil»; epitafio éste que designa a poetas con clase o talento artístico, pero en la ditirámica óptica vigiliana, descartables. El columnista del diario «El Comercio» valoriza las obras literarias de acuerdo a una escalera crítica. Esto ha conllevado siempre subjetividad y facilismo, y peor aún si la tendencia fue pontificar el resultado es ingenuo y hasta risible. Son clásicas las frases hiperbólicas gozálezvigilesca repetidas y vueltas a repetir hasta el hartazgo: «uno de los casos más notables, en toda la poesía peruana», «uno de los mejores poetas de Hispanoamérica en los tres últimos lustros», «el mejor poemario de su generación», etc., etc.

Y no sólo hablamos de un caso aislado. En el fondo, más allá del buen o mal gusto de los hacedores de antologías, han prevalecido valores hegemónicos de casta y de oscuros intereses personales antes que los propiamente literarios. En otras palabras, en aras del servilismo, del oportunismo y de la abyección poética se han omitido nombres de indudable valía o se ha sobrestimado el valor no tan trascendente de otros. A estas alturas es válido preguntarse por los móviles que sustentan o deforman una antología. A nuestro modo de ver hay dos niveles que predisponen o dificultan el ánimo de selección: en un primer nivel, éste obedece a las reglas impuestas por el canon social y literario que supone aceptar las normas predominantes en cada momento histórico, ya sea el que corresponda a una época de firme inquietud revolucionaria o en el que impera cierto orden y tranquilidad social; indicando, además, que la verdad de

una época no siempre será válida para otras. Por ejemplo: producto de la efervescencia social y política tanto en el ámbito nacional como internacional, los poetas del setenta obedecieron un élan y un phatos revolucionario -y no una postura del momento, como hoy algunos quieren ver; empero, toda esa conducta efervescente estuvo sustentada por toda una escala de valores rastreable y permisible dentro de un canon social y político que actuaba también de manera anárquica y beligerante. En consecuencia, los libros, las revistas y los documentos en donde se expresaban los nuevos valores tenían que mostrar esa impronta, ese sello de época. La moda era revolucionar. Pero pasada la irrupción virulenta y parricida, sobre todo de Hora Zero y de otros grupos, muchos poetas de entonces luego asimilaron otras formas de estructurar la vida, llegando algunos de ellos, incluso, al más ruin de los servilismos: el del vasallaje al sistema que antes denigraban.

En este sentido, la norma no ha permitido al crítico tener una visión totalizadora del vasto y contradictorio movimiento que significa el dinámico proceso de la literatura nacional. Aquellos personajes que en su tiempo desautorizaron o silenciaron las primeras obras de Vallejo, además de responder a la estrechez de un medio mezquino y limitado, obedecían y operaban de acuerdo al canon entonces imperante: el impuesto por el lujo y la pompa modernista. ¿Por qué tendríamos que aceptar aquel trasnochado canon poético que nos conmina hoy a reverenciar ciertas obras, y a seguir propuestas que no tienen ya vigencia estética; o dar crédito a nuevas publicaciones que nada nuevo traen? (¿no es verdad Cisneros, Martos?). Otros viven del recuerdo de sus primeros libros, caso Corcuera, Calvo o Escribano. Los poetas del cincuenta -salvo Blanca Varela y Pablo Guevara- han cerrado un importante ciclo literario con la compilación o recapitulación de sus poesías completas.

En los años noventa, además de los argumentos anotados, esta forma de obediencia está representada por códigos publicitarios que se alzan explícitamente como modelos -ya sean literarios, políticos, sociales- a

seguir. Casi siempre el crítico y el antólogo se comportan como los principales agentes difusores del canon literario que no es equivalente, de ningún modo, al consenso que puede provocar una obra con el paso del tiempo pues, mientras, en el primero, juegan elementos superfluos y extraestéticos- siendo el principal de ellos el resorte publicitario-; en el segundo, el dictamen impuesto por la mayoría es irreprochable. El problema radica no tanto en la consolidación de aquella forma subjetiva a la realidad sino en la manera de cómo ésta debe ser subvertida y escindida drásticamente. Recordemos la polémica suscitada, luego de la publicación de la Antología General de la Poesía Peruana de Ricardo Silva-Santisteban, en donde se omiten a poetas considerados «imprescindibles» y de «obligada aparición» en cualquier antología como Romualdo y Bendezú, y en donde, también, de sólo un plumazo se borra a los vates de la «generación del sesenta» (Hinojosa, Cisneros, Hernández, etc.). Pero más allá de los gustos o disgustos del compilador, la provechosa lección que podemos sacar del análisis de su lectura es aquella que el propio Santisteban, de manera acertada, nos ofrece: «No existen poetas inamovibles». Aunque pueda parecer demasiado extrema y absoluta -teniendo en cuenta la presencia de Eguren, Vallejo y Adán-, esta frase revela una posición nueva, valiente y antagónica frente a un criterio elitista y lineal de selección. En consecuencia, aquí llegamos al segundo nivel propuesto: el correspondiente al criterio valorativo. Reconozcamos, de una vez por todas, aquella contaminación esencial presente en nuestra realidad social y literaria, sea la andina o suburbana. Escritores de la talla de Vallejo, Churata, Arguedas y diversos poetas más cercanos a nosotros, justifican, con plena autonomía, este aserto ubicable dentro de la periferia del lenguaje. Son pocas las compilaciones poéticas en donde podemos evidenciar, de manera vital, el desborde de una realidad sincrética, plural y multilingüe. Casi todas las antologías confeccionadas desde Lima (sobre todo aquéllas que se aprecian de ser las mejores) *«han querido distinguir rectamente, la agencia pura o sustantiva de la adjetiva o ancilar»*; es decir, la eminentemente literaria de aquella manifestación marginal y amulata. Por lo general, el andamiaje teórico

1314
UNMSM
D C

que las sustentan están referidas a los valores más externos de la obra literaria. A una línea incandescente, híbrida y volitiva se le ha superpuesto una visión formal, meramente estetizante y escasamente auténtica del trabajo creador. Todo ello ha llevado a ponderar autores y obras que cobrarían menor relieve e importancia si nos atuviésemos a las raíces híbridas que significa nuestra choledad literaria.

Que estas reflexiones sirvan a los nuevos poetas como marco referencial y punto de deslinde para establecer posiciones irreconciliables contra aquellos sesgos reduccionistas y ortodoxos presentes en un sistema literario de poder y en una crítica amortajada en sus vicios y gruesos errores. ¡No a la re-reelección de críticos facinerosos! La juventud no debe ser excusa para sujetarse del saco de escritores engeguedidos en la lumbrera de su altivez y arrogancia. La falsa creencia de que los jóvenes pertenecen más al futuro hay que destruirla, e iniciemos la rebelión en defensa de la autonomía artística y de la propia contemporaneidad. Lo único que nos interesa es ser militantes de nuestro tiempo, y hallar en el transfondo de cada poema y en los actos más puros, una ideología plena de vida. Dentro de esta nueva etapa de renacimiento, que se plantea en términos de colectividad, la cooperación y el privilegio de los pluralismos deben ser las bases fundamentales para el cambio de actitud y la mejor vía que nos conlleven hacia la elaboración de una crítica honrada y responsable. Eso es lo único que nos hará distintos y nuevos.

enero del 2000

Antonio Sarmiento

Ricardo Ayllón